

## **Perezas ciudadanas**

*(Diario de Navarra, 8. 08. 2003)*

### Venga, venga, a lo concreto

De los tópicos anunciados la semana pasada sea el primero uno que se hace presente en múltiples campos, pero de efectos letales cuando se aplica al mundo político, a saber, que “una cosa es la teoría y otra la práctica”. Es un lugar común que, en el clima anintelelectualista por pragmático de nuestros días, suele ser completado por ese otro que ordena “dejarse de filosofías para ir al grano” u “olvidarnos de lo abstracto y pasar a lo concreto” (Y eso, por cierto, en boca de quienes no paran de aludir a la filosofía de juego del Rayo Vallecano o a la de una Caja de Ahorros en su arriesgado programa de inversiones). ¿Acaso no sabemos qué quiere darse a entender con todo ello?

Por de pronto, que una idea, un proyecto o una aspiración pueden estar bien en principio, pero ser de imposible cumplimiento; que la realidad -la naturaleza humana, el estado de las cosas- no lo permitiría. Viniendo a nuestro caso, significa que la política tiene sus propias reglas que en nada se parece a lo que diga su teoría o, más en particular, la ética pública. O sea, que una cosa es el deber ser y otra el ser, y que desdeñar tal distinción significa caer en lo ilusorio, utópico o idealista. Resulta entonces que la actividad política se reduce a pura “correlación de fuerzas”, a trasiego de intereses, a un juego de astucia y amenaza, pero en todo caso a algo en lo que nada cuenta de hecho (ni debe contar de derecho) la invocación de principios o valores y, en último término, del sentido de la justicia. He aquí uno de los cimientos comunes a esa ciudadanía que llamamos democrática (¿). Que bastantes de los que comulgan con todo esto se atrevan a llamarse incluso de izquierdas es una prueba más de la devaluada calidad de nuestra vida pública.

Con aquel dicho se apunta también sin duda al descrédito del pensamiento y de las ideas en materia política. Viene a subrayarse que la teoría encargada de la práctica (o sea, de la acción humana) no es tan “teórica” como la teoría propia de la ciencia; es decir, tan exacta, rigurosa, demostrativa, cuantificable, universalizable, etc. -y por eso digna de confianza- como los saberes formales y físicos. Pero, aun siendo esto en último término acertado, de ahí no se siguen las erróneas enseñanzas que saca el ciudadano medio. A saber, que la conducta privada y pública poco tienen que ver con su reflexión teórica, como si no fuera ésta la que produce, guía o justifica aquéllas, o como si esas conductas podrían permanecer inalteradas en caso de que cambiaran en sus sujetos las ideas que las

sostienen o estimulan. Ni tampoco vale decir que la cosa pública sea el reino de la mera opinión y en modo alguno, si no de la verdad, al menos de lo que se le aproxima: de lo verosímil o plausible. O, igual da, que la política es el lugar donde sólo cuenta la voz de la mayoría, pero una voz en la que cada cual puede decir lo que se le ocurra, porque en esto vale todo y toda opinión es de tanta valía y nadie tiene deber alguno de educar, ni de juzgar, etc. ¿A que les suena tanta majadería?

Por eso al parecer, en los asuntos públicos, no hay abstracción que valga y todo recurso a ella sonará a escapismo. Nada de adquirir, depurar y debatir nociones o doctrinas; vayamos a lo concreto, o sea, al coste del plan de viviendas o a la ubicación del vertedero municipal, como si la decisión acerca de ello no implicara optar según conceptos subyacentes e ineludibles criterios de valor. Lo que pasa es que probablemente operamos con falsas categorías o prejuicios normativos inconscientes; y así, falto de análisis y evaluación correcta, lo tenido por concreto será en realidad sumamente abstracto y el “experto” emitirá su bien pagado dictamen a modo de supremo juez... Eso es lo que hoy manda el imperio de la mentalidad técnica: que no se discuta de los fines mismos y de su legitimidad, que se dan por supuestos, sino tan sólo de los medios adecuados para alcanzar aquellos fines indiscutibles.

### Vidas ejemplares

Todavía se oye por todos lados eso de que alguien “es (o era, cuando se trata de un recién fallecido) una persona ejemplar: no se metía en política”. Y suele añadirse a modo de elogio: “no se metía con nadie, él iba a lo suyo”. Y aún se remata con el máximo timbre de gloria del difunto: “sólo vivía para su familia: de casa al trabajo y del trabajo a casa...”. ¿Recapitulamos por un momento la serie de barbaridades que ahí están contenidas?

Primera, que la política es un mal, un espacio más o menos perverso, una actividad corrompida y corruptora, en la que reinan los más viles intereses o la mentira y sólo triunfan los canallas. Segunda, y en justa consecuencia, que el hombre honesto y el buen ciudadano deben rehuir todo contacto con ella (ya se trate de formar un juicio sobre la cosa pública, de participar en alguna toma de decisiones, de dar la cara, de afiliarse a algún partido o lo que sea). Y tercera, que la única clase de vida valiosa es la privada o íntima así como la única vida útil es la laboral, frente a esa otra vida ciudadana a la vez carente de valor e inútil. He ahí otros tantos artículos de fe del hombre normal...

Todo ello contradice lo que los mejores pensadores morales y políticos nos han enseñado a lo largo de veinticinco siglos. A saber, que la política es la clase de vida más noble (así como el saber

acerca de ella sería la ciencia más elevada), precisamente por ser la condición de la libertad y felicidad de todos. Por decirlo de otro modo, que no hay virtud privada como falte la virtud ciudadana, hasta el punto de que a quienes se desentendían de lo común para ocuparse tan sólo de lo suyo (de lo idios) les llamaban idiotas...

### La política para quien la trabaja

Lo natural es que aquel tópico se acompañe de otro según el cual “la política es cosa de los políticos”, lo que significa que a éstos les toca arreglar cuanto haga falta de los asuntos comunes y, en lo posible, velar por lo mío... “porque para eso les pagamos”. A menudo suele ser la envidia la que nos mueve a reprochar los sueldos o prebendas de los hombres públicos. Se olvida así que, como la actividad política no fuera remunerada, sólo los muy pocos que dispusieran de rentas suficientes y pudieran vivir para la política se harían cargo de las tareas públicas; que no hay más remedio que hacer posible para todos el vivir de la política si queremos que ésta comience a ser lo bastante representativa.

No entremos ahora en cómo conjurar el riesgo cierto de que la política mude su naturaleza cuando se convierte en profesión. Digamos tan sólo que esa profesionalización nos viene de perlas para dispensarnos de nuestros quehaceres civiles: como si de un mercado se tratara, quien paga manda, el cliente/elector siempre tiene razón y a nosotros que nos dejen en paz. La cosa pública es la cosa privada de los partidos, el negocio particular de los políticos. Nuestra condición ciudadana se agota en cumplir mal que bien con Hacienda y votar a desgana cuando nos convocan; el resto es asunto de esos ciudadanos de primera que son los políticos. Pero entonces, oiga, ¿por qué quejarnos si luego pasa lo que pasa?